

LOS PRINCIPIOS DE PERSONEIDAD Y DE ANALOGÍA COMO FUNDAMENTOS ONTOLÓGICOS DE LO SOCIAL*

En su ensayo "De vuelta de la cumbre", don Miguel de Unamuno exclamó casi enojado: "¡La sociología! ¿Hay algo más horrendo, más grotesco, más bufo, que eso que suelen llamar sociología?"¹. Al comparar este fogonazo del brillante pensador bilbaíno y salmantino -de un hombre vivo que anhelaba con toda su vida la inmortalidad personal, y no diluirse en un ser neutro, hipostasiado, hegeliano-, al comparar esto con los elogios que se han prodigado a la sociología desde Augusto Comte hasta Max Weber y aun después, sentimos el aguijón del así llamado escándalo de la filosofía, que no vendría a ser más que un cementerio de opiniones contradictorias, en vez de ser la catedral del ascenso a la verdad. Para mí, el escándalo no consiste tanto en esto, como en la resignación moderna-verbigracia, la de Nicolai Hartmann con su desembocar en un pantano de aporías irracionales-, como si fueran ineludibles la ambigüedad y la perplejidad. Me parece que las dudas extremadas en torno al problema de lo sociológico surgen de un enfoque no adecuado, puesto que sin duda no se trata ni de una pseudoproblemática sin sentido, ni tampoco de la inaccesibilidad a la luz del misterio.

Permítaseme anticipar los resultados de la contribución pretendida con esta comunicación:

1.º La ontología inseísta y perseísta, de un mundo o "cosmos" de cosas existentes y cerradas en sí mismas -esta herencia del pensamiento antiguo, cosmocéntrico-, debe ser sustituida por una metafísica trascendental, es decir, abierta a la trascendencia necesaria espiritual y personal.

2.º Hay que anular de raíz el método dialéctico, sustituyéndolo por el principio de "analogía entis".

Con estas alusiones a la exigencia de una ontología de lo social, o tal vez mejor de lo sociológico, hemos rebasado ya el nivel meramente metodológico y gnoseológico. A fin de cuentas y volviendo a lo del escándalo, ningún hombre prudente riñe si no se trata de algo que existe o ha de existir o que por lo menos así le parece a él. La ontologización suscita una fascinación asombrosa, y ése es uno de los secretos del marxismo.

Ahora bien, es evidente que la existencia de algo está patente en la esencia o, en otros términos, que la pregunta del "quid sit" debe preceder a la decisión sobre el "an sit".

* Comunicación en la VI Semana Española de Filosofía. CSIC Instituto Luis Vives. Madrid 1961. *Revista de Filosofía* XXI (Madrid 1962, No 81/82) 231-235.

¹ Unamuno: *Andanzas y visiones españolas.*, Espasa-Calpe. Madrid, 1940. 20.

Por consiguiente, una fenomenología o, con respecto a la *ουσία* aristotélica, una "usiología" de lo social ha de anteceder a la búsqueda de una supuesta ontología del mismo. Semejante fenomenología o usiología está ya elaborada en las obras, por ejemplo de Georg Simmel, de Max Scheler, de Theodor Litt, y últimamente, hace dos años, en la Sociología de don José Ignacio Alcorta. Lo que me interesa aquí no es tanto una definición exhaustiva de lo social o sociológico, que vendría a ser aproximadamente: "el conjunto de formas o tipos posibles (ideales) que se realizan, de un modo u otro, en las concreciones de convivencia humana", algo, como se ve, puramente formal. Intento más bien señalar algunos rasgos de la social desatendidos en muchas investigaciones actuales.

Hay un elemento en la realidad social que quisiera poner de relieve. Se trata de un momento tan sutil como poderoso, que dimana sensiblemente del tejido y entrelazamiento colectivo y complejísimo de factores reales e ideales, históricos y finales que componen la vida social. Me refiero a ese fluido de verdadera efectividad y eficiencia, que puede llamarse "atmósfera" o, si se prefiere, "clima social". Es un problema muy grave, por ejemplo, para nosotros los alemanes, que la educación más esmerada de nuestros niños no valga para casi nada, si ellos han de continuar respirando una atmósfera infestada de gérmenes materialistas y de intereses meramente económicos. Las modulaciones de dicha atmósfera social van indicando casi sismográficamente las mutaciones de las estructuras sociales y eso antes ya de que se prepare o realice, en efecto, un cambio de las formas e instituciones de convivencia humana.

Tal cambio acontece en nuestras días. Digamos, para trazar un esbozo de nuestra situación actual en la Europa Central, que cabe amoldar y amplificar la distinción de Ferdinand Tönnies entre "Gemeinschaften" y "Gesellschaften", comunidades de vida y sociedades artificiales, según las infraestructuras más diferenciadas y, al mismo tiempo, más niveladas y entremezcladas de las sociedades contemporáneas. Sin embargo, como caracteres generales pueden mantenerse:

1.º Una extensión que quiero señalar como horizontal por su limitación territorial, cuyos representantes más notables son los Estados.

2.º Una formación casi vertical respecto a la primera, constituída por la gran variedad de empresas industriales y comerciales. Ambas dimensiones están ocupadas por poderes reales: ya políticos, fundados histórica y tradicionalmente; ya económicos, formados por las necesidades de mayor y mejor abastecimiento. Son además impersonales, anónimos, instituciones de "aliedad", usando la terminología de don José Luis Aranguren, y, por tanto, peligros para la libertad personal y espiritual.

3.º La entidad moral, ético-jurídica, frente a las antes mencionadas, se abre como una tercera dimensión independiente, la cual ha de imponerse, mejor dicho, ha de insertarse intrínsecamente en cada una de las otras realidades sociales.

Pues bien, la evolución que insinúa una topografía del clima social, al menos en algunos países industrializados, consistiría en una traslación paulatina de la importancia en favor de la segunda dimensión, la económico-industrial, de suerte que en la sociedad desarrollada la mayoría de los hombres asalariados siente su empresa, su razón social, su sindicato como su propia patria y su propio hogar.

No voy a hablar ahora de unidades trastemporales e inmutables, permanentes a través de las fluctuaciones de las materias y formas sociales y políticas, ya que la ontología de las sociedades trastemporales ha sido expuesta por el R. P. Díez-Alegría en el verano de 1953 en Bruselas, y la comunicación interpersonal es el tema de don Pedro Laín Entralgo. Así y todo, creo necesario acentuar aquí nuestra común preocupación por la amenaza que sufren, en nuestra época socializada, la persona individual, el amor conyugal, la familia, la amistad, la religiosidad.

Después del alzado fenomenológico de las apariencias sociales contemporáneas, podemos mirar hacia el horizonte ontológico y plantearnos el problema de los modos del ser de lo social. ¿Cómo es posible tal transición? Desde luego, no lo será en modo alguno si no rebasamos los límites de la *zoe* y de la reducción eidética husserlianas, por una parte, y los del exagerado realismo existencial, por otra. Quiere esto decir, en conceptos positivos, que la existencia yace latente -y patente para quien quiere y puede ver-, inmersa y sumida íntima e intrínsecamente en la esencia misma, tal y como lo expresa la principal noción aristotélica: *οὐσία*, la entidad; y, por tanto, la usiología revela y manifiesta no sólo la esencia, sino también el propio modo de ser de cualquier fenómeno -y eso a la vez y al mismo tiempo-. Que una existencia pura sin una correspondiente esencia sería un absurdo, eso se entiende por supuesto; pero podemos aún preguntarnos si esta fórmula es también reversible, en tal sentido que cada esencia exija su modo particular de ser, siempre en relación necesaria con el Ser personal absoluto, imponiéndose la categoría de relación como fundamental para una ontología trascendental. En sentido absoluto: no sólo la verdad ontológica de cualquier cosa y del mundo entero depende completamente del conocimiento absoluto de la "visio creativa": "Non ideo novit Deus quia sunt, sed ideo sunt quia novit", dice San Agustín², sino también la existencia en todos los modos varios del ser participado queda inseparable de la relación necesaria con el Ser absoluto, de su complacencia creadora del "fiat...". El manual de los principios de una ontología trascendental, aquí solamente mencionada de paso, serían las "Quaestiones disputatae de veritate".

Sacrificando de buena gana el ídolo tanto escotista como heideggeriano, el concepto unívoco del ser, y su hermano gemelo, el método dialéctico, no hay ya ninguna dificultad de comprender un ser como el de lo sociológico, que ciertamente no existe independiente de

² *De trinitate*, 15, 14.

nosotros, las personas individuales, y, no obstante, no puede ser absorbido en un mero nominalismo, conceptualismo o positivismo: es que lo social o lo sociológico posee su modo peculiar de ser. Si no fuera así, resultaría inexplicable la realidad claramente perceptible de la atmósfera social como emanación y manifestación del fondo de las complejidades y complicaciones sociológicas: prescindiendo, por el instante, del problema delicado de la entidad moral de sociedades trastemporales³.

Un cierto modo de ser empero se puede predicar del conjunto sociológico solamente en un sentido análogo³ y parece prevalecer también la relación o proporción de "analogía entis" entre las varias especies de lo social.

Mientras que el método dialéctico se agota en la antitética lucha horizontal entre términos contrapuestos en el mismo nivel, el principio de analogía nace de la única oposición o polaridad metafísica que hay de veras, a saber de la trascendencia vertical, elevándose de la creación hacia el Creador -carácter ya expresado en la preposición griegas, *ἀν*, hacia arriba⁴.

Por consiguiente, entre nortes al parecer antitéticos, según el principio de analogía, es de buscar siempre uno que posea a la vez la primacía óptica, gracias a su superioridad espiritual. Una discusión de semejantes aspectos de cara a las leyes complementarias y recíprocas de la tradición hereditaria y del progreso venidero, según don Joaquín Carreras y Artau, o de la ética de la alteridad y la ética de la aliedad, según don José Luis López de Aranguren, podrían quizá aclarar mejor mi orientación.

Ahora no deseaba sino trazar unas líneas de convergencia hacia la radicación óptica de lo social en el ser subsistente y subyacente del hombre concreto, del hombre que puede vivir también sólo en la única religación con el Tú absoluto de su Creador, mientras que la vida social en todas sus realizaciones tiene sus raíces, primera y originariamente, en el principio metafísico de la comunicación interpersonal, más aún y más profundamente que en las exigencias y necesidades de la vida. Aquí, en un estudio de antropología, o con más rigor, de una metafísica trascendental de la persona humana como espíritu encarnado, pueden descubrirse la índole y las estructuras perdurables que determinan asimismo los cambios fluctuantes de las realidades sociales.

Podrían servir luego tales reflexiones como apoyos del arte práctico de lo que don José Ignacio Alcorta designa con el nombre de "socioprudencia" -la cual, precisamente en la época actual, abre nuevos y prometedores caminos hacia un porvenir mejor, ante todo en la dirección de una colaboración social sobre bases internacionales, como lo ha iniciado en Alemania la obra eclesiástica "Misereor"-, perspectivas que señala don Antonio Truyol Serra.

³ Véase José María Díez-Alegría: *El problema ontológico de las sociedades transtemporales*, en Actes du XIème Congrès International de Philosophie. Bruxelles, 1953, vol. IX, págs. 50-54.

⁴ Cf. Erich Przywara, S. J.: *Analogia Entis. Metaphysik, I. Prinzip*, Kösel Pustet München, 1932, 68 y 100. Es el principio del espiritualismo francés del siglo XIX: "Le réel est le commencement de l'ideel".

Permítaseme, para concluir, expresar una íntima convicción: actualmente y en lo futuro, no veo presagio alguno de que la humanidad vaya a desmembrarse en una anarquía de individuos aislados, pero, en cambio, sí existen síntomas alarmantes de un peligro peor: la amenaza de que la socialización -poco a poco y paso a paso- se deslice hacia un perfecto funcionamiento al modo de un hormiguero, de un estado de termitas.

En resumen: habiéndose revelado, con los principios de una ontología trascendental, el ser específico de lo social de tipo análogo, a saber no real, sino moral, basado en la personalidad, en la naturaleza del ser personal, puede deducirse la consecuencia práctica:

Hemos de acatar las leyes legítimas de la sociedad según la conciencia, pero no como si el hombre de por sí estuviera sometido a lo social, antes bien porque la sociedad y el Estado están al servicio del bien común, del bien de la persona humana.

Referencia al tema: Ontología de lo social.

Los principios de personalidad y la analogía como fundamentos ontológicos de lo social

Índice y resumen:

1. El escándalo de la filosofía – la lucha de opiniones contradictorias – respecto del problema de lo social.
2. Fenomenología o “usiología” de lo sociológico:
La “atmósfera” o el clima social”;
Las diversas dimensiones de realidades sociales y sus cambios.
El problema de entidades trastemporales en lo sociológico.
3. De la “usiología” a la ontología de lo social.
Un concepto de ser unívoco es inaplicable y erróneo.
El modo de ser a n a l ó g i c o de las entidades sociales.
Insuficiencia del método dialéctico.

La radiación de lo social en el ser personal del hombre vivo y concreto (como “espíritu encarnado”).

4. R e s u m e n: Con los principios de una ontología trascendental se revela al ser específico de lo social de tipo análogo – como entidad moral, a favor beneficio del bien de la persona humana, y sustentada por la relación necesaria con el Ser personal absoluto.

Conclusion práctica: La sociedad es para el hombre.